



BOLSILIBROS

Selección

**TERROR**

**CLARK CARRADOS**

**LA DAMA DE LOS CIEN CUCHILLOS**

SOLO MAYORES  
DE **18** AÑOS



—¿Por qué tuvieron que matarla?

—El castillo y las tierras no caben en una maleta.

Se quedó perplejo ante aquella sibilina respuesta.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Los penetrantes ojos del anciano se clavaron en su rostro.

—Hay en el castillo una joya de enorme valor, lo que pasa es que nadie sabe dónde está. Bueno, el conde sí lo sabía y, presumiblemente, también su hija. Y, para mí, eso es lo que están buscando.

—¿Una joya? —Se asombró el joven.

—Sí, la corona de una Virgen. No sé de dónde es, pero la trajo el conde cuando acabó la guerra. ¿Sabe?, era de ellos, de los nazis, usted me comprende, y aunque no le hicieron nada, no fue precisamente de los que quedaron pobres. Cuando pasó la marea, vendió algunas joyas y mejoró las tierras. Pero la mejor de todas está allí, en el castillo.

## CAPÍTULO PRIMERO

El tren se detuvo, entre resoplidos de la locomotora y tintineos de enganches, pero sólo un pasajero se apeó en la pequeña estación. Con la mochila al hombro, Derek Ardmore se volvió un instante para contemplar el convoy.

Parecía de juguete. Estaba compuesto por una locomotora-ténder, un furgón y dos encantadores vagones de viajeros, pintados de blanco y rojo. Era un ferrocarril de vía estrecha, superviviente de épocas que ya estaban sumidas en el olvido. No obstante, seguía prestando servicio, porque los turistas gustaban de viajar en él y los alemanes, se dijo Ardmore, no habían querido suprimir algo que era casi tan atractivo como la catedral de Colonia.

El jefe de la estación agitó la banderita, tocó el pito y la locomotora silbó. El maquinista dio vapor, se oyeron unos resoplidos y las bielas impulsaron a las ruedas. Poco a poco, el tren se puso en movimiento y empezó a ganar velocidad.

Ardmore permaneció en el andén, hasta que el diminuto convoy se hubo perdido al otro lado del puente sobre el Haar, entrando en la curva próxima. Luego, maquinamente, se ajustó la mochila al hombro y salió de la estación.

El maquinista y los dos empleados le contemplaron con moderada curiosidad. Luego volvieron a su relativamente descansado trabajo.

Kettmaringen estaba a medio kilómetro de la estación. Era un pueblo pequeño, muy pulcro, con casas de vigas vistas y tejados picudos. A Ardmore le pareció la ilustración gráfica de un cuento de hadas.

Al otro lado del pueblo, sobre una casi negra montaña, tanto por las rocas que la formaban, como por los abetos que crecían en las laderas, estaba el castillo de Marienberg.

Era una construcción sólida, aparentemente pesada, pero con la gracia suficiente como para hacer atractiva su contemplación. El elemento más decorativo era la torre principal, una enorme construcción cilíndrica, rematada en un agudo pico y situada en el extremo Norte, justo sobre el precipicio que se abría en aquel lado.

El castillo estaba a unos mil metros de la población, al otro lado. Ardmore pudo ver el camino que serpenteaba por la falda de la montaña, entre los abetos, hasta la puerta principal. Luego usaría aquel camino, se dijo.

El pueblo estaba algo más bajo que la estación. Por el lado Oeste corrían las aguas tumultuosas del Haar. El tiempo era magnífico. Estaban en el mes de junio y el panorama resplandecía bajo un sol que cegaba a la vista, brillando en un cielo sin nubes.

Para Ardmore, sin embargo, aquel cielo estaba completamente negro. Había ido a buscar a una persona en Kettmaringen y tenía el presentimiento de que no la encontraría... viva.

Avanzó con paso medido, cruzándose con un par de personas, que apenas si le concedieron una mirada. Un poco más adelante, vio a una mujer joven y la pareció que tenía los ojos llorosos.

De repente, oyó el llanto de un niño de pocos meses.

Volvió la cabeza. En aquella casa había una ventana abierta. Alguien la cerró precipitadamente. Ardmore dejó de oír las quejas del chiquillo.

Una mujer de no más de veinte años le miró a través de los vidrios. Ardmore creyó ver en sus ojos señales de terror.

Siguió andando. A los pocos minutos vio la muestra de un hotel.

Entró. Llegó al mostrador y tocó la campanilla.

Un hombre apareció a los pocos instantes.

—¿Señor?

—Buenas tardes —saludó Ardmore cortésmente—. De-seo una habitación.

—Lo siento, señor; están todas ocupadas —contestó el hombre.

Las cejas de Ardmore se levantaron en el acto.

—¿Es posible? —Se sorprendió.

El hotelero sonrió.

—Pues... ya ve, señor; hemos tenido muchos turistas y...

Ardmore tendió los ojos hacia el comedor, situado al fondo, y totalmente vacío en aquellos instantes. Era la hora del almuerzo y debería estar lleno de gente.

—Los turistas están de paseo, señor —se apresuró a aclarar el dueño del hotel.

—Muy bien, tendré que resignarme a buscar otro alojamiento...

—Lo siento, señor; éste es el único hotel de Kettmarin-gen.

Hubo un momento de silencio.

Ardmore y el hotelero se contemplaban recíprocamente. «Estás mintiendo», pensó Ardmore. Pero ¿cómo demostrarlo?

Sonrió.

—Disculpe las molestias.

—De nada, señor. Repito que lo siento...

—¡Adiós!

Ardmore salió de nuevo a la calle.

Tendió la mirada hacia el castillo. Era joven, robusto y no era la primera vez que pasaba una noche al raso. Aunque había una solución.

Un poco más allá, divisó casi juntas las muestras de una taberna y de una tienda. Entró en la taberna y pidió una jarra de cerveza.

Era el único cliente en aquellos momentos. Una muchacha joven, de grandes senos, le sirvió en silencio.

Al cabo de un momento, Ardmore se quitó la mochila.

—Voy al castillo —anunció—. ¿Puedo dejarla?

—Sí, señor.

—Gracias.

Pagó la cerveza, añadió una propina y salió a la calle, metiéndose en el almacén a continuación.

—Deseo una tienda de campaña —dijo al hombre que se acercó a servirle.

—Si no es muy grande...

—Bastará que pueda alojarme en su interior. También quiero un saco de dormir y una mama.

—Tenemos de todo, señor —dijo el comerciante.

Un cuarto de hora más tarde, Ardmore había elegido los artículos y pagado su importe.

—¿Se lo lleva ahora, señor? —preguntó el tendero.

—De momento, si no tiene inconveniente, lo dejo aquí. Volveré más tarde.

—Bien, señor.

Ardmore salió a la calle. Eran apenas las dos de la tarde y, sin embargo, reinaba un silencio sepulcral en el pueblo.

Mientras avanzaba en busca del camino que conducía al castillo, notó que era espiado desde el interior de las casas. «Un día tan hermoso y ni una ventana abierta. ¿Por qué?», se preguntó.

El ambiente, pese a la luminosidad del día, le pareció lúgubre, nada atractivo. Y no debía ser así. Ella le había hablado tantas veces de su pueblo natal, de su belleza, de su amabilidad y simpatía de las gentes...

¿Qué ocurría en Kettmaringen?

Un poco más adelante, pasó por delante de un edificio aislado, con jardín alrededor. Había en la puerta una muchacha de poco más de veinte años, rubia, muy esbelta, de ojos grandes, con hermosas pupilas azules. Para verle mejor, la joven se puso una mano sobre los ojos. El gesto reveló los senos, breve, bien formados, de contornos llenos de encanto.

Pero la joven no sonreía. Ardmore le hizo una ligera inclinación de cabeza, «tienen una bonita, maestra», pensó, porque aquel edificio era la escuela.

Instantes después, entraba en el camino que conducía al castillo.

\* \* \*

El foso había sido cegado muchísimos años antes, pero el puente levadizo se conservaba sobre un trozo dejado deliberadamente en hueco, a fin de conservar el interés artístico del lugar. Atravesó el puente, de sólidas vigas de madera, perfectamente conservadas y llegó ante la gran portada, de hojas de roble artísticamente talladas.

El animal heráldico de los von Becklendorf había sido reproducido en los cuarterones de la madera y en el enorme llamador: un tigre bicéfalo, alado, con la cola de lanza. Ardmore utilizó el llamador.

Los golpes resonaron atronadoramente al otro lado, multiplicándose en infinidad de ecos. Pasados algunos minutos, la puerta se abrió por las dos hojas.

Un hombre, tremendamente fornido, de casi dos metros de altura, apareció ante la mirada del visitante.

—Señor...

—Soy Derek Ardmore, de Londres. Deseo hablar con la condesa Irina.

—Lo siento, señor; la condesa no está en el castillo.

—Eso es imposible —protestó el joven—. Ella tiene que estar aquí.

Una voz sonó repentinamente en el fondo del colosal vestíbulo.

—Igor, ¿quién es?

El gigante se volvió.

—El señor Ardmore, de Londres —contestó—. Pregunta por la condesa, señor.

El hombre descendió lentamente del primer piso. Era un sujeto de escasamente cuarenta años, de buena estatura y aspecto agradable, vestido con sencillez.

—Soy Karl Henningsen, conservador del castillo y administrador de la señora —le presentó—. ¿Quiere pasar, señor Ardmore?

—Muchas gracias.

Henningsen se volvió hacia el otro.

—Igor, llévanos algo de beber al salón. Avisa a la señora Rottgen que el señor Ardmore cenará conmigo.

—Bien, señor.

El gigante se marchó. Henningsen tendió una mano, a la vez que sonreía.

—Por aquí, señor Ardmore, hágame el favor —dijo.

El joven siguió a su anfitrión. Entraron en una enorme sala, artísticamente decorada, desde cuyos ventanales se divisaba un panorama excepcional. Igor apareció a los pocos instantes, con una bandeja en las manos.

—Deja, yo serviré —dijo Henningsen.

El gigante se retiró. Henningsen llenó dos copas.

—De modo que ha venido a buscar a Irina —dijo.

—Sí. ¿Dónde está?

Henningsen probó su copa.

—No lo sé —respondió.

—Usted..., su administrador, conservador del castillo..., ¿y no sabe dónde está ella? —dijo el joven, escéptico.

—Lo siento, amigo mío. Irina es una joven muy independiente, voluntariosa, hasta caprichosa diría yo. Vino hace algunos meses, estuvo un par de semanas y se marchó. Dijo que iba a la Riviera francesa, es todo cuanto puedo decirle, amigo mío.

Ardmore miró fijamente al hombre que tenía ante sí.

Por un momento, sintió unos enloquecedores deseos de gritarle a la cara que estaba mintiendo, que nada de lo que le había dicho era cierto, pero, recurriendo a un poderoso esfuerzo de voluntad, logró mantener la calma.

—Y no le ha enviado siquiera una postal —dijo al cabo.

—No, en absoluto. Volverá cuando menos lo espere-mos... —Henningsen sonrió—. Lamento que haya perdido el tiempo, viajando desde Londres, pero no cumpliría con mi obligación, si no le dijera la verdad.

Ardmore dejó su copa intacta.

—Agradezco sus atenciones, señor Henningsen —dijo—. Puede que me quede algún tiempo en Kettmaringen. Quizá Irina vuelva antes de lo que espera usted.

—Tal vez, aunque lo dudo mucho. Sin embargo, lamento infinito no poder darle alojamiento en el castillo. A la condesa no le gustan los huéspedes que ella no invita personalmente.

—El tiempo es maravilloso. Acamparé al aire libre. Buenas tardes.

—Creí que iba a quedarse a cenar —dijo Henningsen, sorprendido.

—No quiero abusar de su amabilidad —contestó el joven—. Sin embargo, quizá otro día acepte su invitación.

Dio media vuelta y abandonó el salón. En el vestíbulo divisó a una hermosa mujer de unos treinta y cinco años, que le miró escrutadoramente.

Ardmore hizo una breve inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta. Igor le abrió y él se encontró en el puente levadizo.

Sus sospechas, se dijo, acababan de confirmarse trágicamente.

Irina había muerto, seguramente, asesinada. Henningsen mentía cuando decía que Irina estaba en la Costa Azul y él tenía las pruebas de todo lo contrario.

Pero si estaba muerta, tenía que encontrar su cadáver, con lo que probaría que había sido asesinada. Y mientras no lo consiguiese, todos sus esfuerzos resultarían inútiles.

## CAPÍTULO II

Henningsen contemplaba su copa preocupadamente, cuando entró la mujer.

—Al fin ha venido —dijo ella.

—Sí —contestó Henningsen, con las facciones deformadas por la cólera.

Sandra Rottgen meneó la cabeza.

—¿Crees que ha aceptado tu historia?

—No, pero ¿qué diablos podía decirle? Algo tenía que inventarme, ¿no te parece?

—Cometiste un error, Karl. Apretaste demasiado.

—Me puso furioso. Yo no quería, pero ella se resistía...

De repente, Henningsen lanzó su copa al suelo.

—El caso es que murió sin hablar, maldita sea —añadió, exasperado—. Y no podemos marcharnos sin conseguir lo que tú sabes.

Sandra rió burlonamente.

—Ni siquiera tú sabes dónde está —contestó.

—Ella no quiso decírmelo jamás.

—En su lugar, yo habría guardado silencio también.

—Y estarías muerta... —Henningsen se pasó una mano por la cara—. Por todos los diablos, yo no quería, Sandra, no quería...

Sandra le miró con desprecio.

—Pórtate como un hombre —dijo—. No querías, pero el caso está hecho y debes afrontar las consecuencias. Pero, sobre todo, has de evitar que se sepa la verdad.

—Ya lo estamos haciendo, ¿no?

—Quizá no sea suficiente.

Sandra se acercó a una de las ventanas. Desde allí, podía contemplar la figura del visitante que se alejaba en dirección al pueblo.

—Ése es el enemigo —dijo.

—¿Cómo?

—No conozco los sentimientos de él, pero Irina estaba enamorada. Tú y yo lo sabemos muy bien, y ella le escribía casi a diario. ¿Sabemos si le dijo algo en una de sus cartas?

—Yo las leía todas —exclamó Henningsen.

—Alguna se te pudo pasar por alto.

—Muchas las quemé...

—Pero no todas. Y ése puede ser el verdadero peligro.

—Hay otro, Sandra. ¿Necesito que te diga cuál es?

—No —respondió ella—. Pero por el momento, parece resuelto...

—En tal caso, sólo tenemos que eliminar a ese maldito curioso, ¿no te parece?

—Espera —dijo Sandra—, no te preocupes. Sabíamos que iba a venir y nos hemos prevenido contra su visita. Sin embargo, desconocemos qué ha podido dejar tras él. Viene de Londres, no lo olvides. Quizá dejó un mensaje escrito, para abrir en caso de fallecimiento sospechoso...

—¿Y cómo averiguarlo? —preguntó Henningsen.

Sandra se atusó el negrísimo cabello con ambas manos, gesto que estaba destinado a realzar las voluptuosas curvas de su pecho.

—Puedo ofrecerle... una sabrosa manzana —dijo.

—¿La aceptará?

Ella se acercó provocativamente al hombre.

—Contéstate a ti mismo —dijo.

Henningsen la abrazó con furia devoradora. Sandra se dejó acariciar. Aquel hombre era blanda cera en sus manos, pensó, mientras las manos de Henningsen recorrían codiciosamente su cuerpo. Haría todo lo que ella le ordenase... y cuando llegase el momento, arrojaría la cera a la basura.

\* \* \*

Ardmore montó la tienda en un lugar próximo al arroyo. Cenó sobriamente y se acostó muy pronto. Antes de que saliera el sol, ya estaba en pie.

Las frescas aguas del Haar sirvieron para sus abluciones. Luego empezó a pensar en el desayuno. Tendría que comprarse un infiernillo y algunos cacharros, se dijo. Para salir del paso, mordisqueó un par de galletas. Luego, con un vaso de plástico, tomó un poco de agua y bebió un par de sorbos.

Cuando terminaba, vio que se acercaba un hombre vestido con uniforme azul, de botones dorados.

El hombre le saludó con un clásico taconazo prusiano, a la vez que se llevaba la mano al casco de policía.

—Buenos días, señor —dijo—. Le ruego perdone mi atrevimiento, pero debo decirle que está prohibido acampar en este sitio. Sin duda desconoce usted las leyes del lugar, pero es así y, por ser la primera vez, no le impondré una multa.

—Lo lamento infinito —contestó Ardmore—. Ignoraba que existiese esa prohibición.

—Y no existe —sonó de pronto una voz femenina, fresca y vibrante—. Agente Pullow, ¿quién le ha dicho que está prohibido acampar en terrenos comunales?

Los dos hombres, vivamente sorprendidos, se volvieron hacia la mujer que acababa de llegar sin ser vista. Ardmore la reconoció en el acto. Era la muchacha que había visto la víspera en la puerta de la escuela.

El guardia enrojeció vivamente.

—Lo... lo siento, señorita Bertha. Cumplo órdenes del alcalde... Me mandó desalojar a este caballero...

—¿Por qué? Nunca se había prohibido a nadie acampar aquí —se extrañó la muchacha.

—Repito que lo lamento. Yo no sé nada, señorita. Simplemente, obedezco...

Ardmore sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Buscaré otro lugar para montar la tienda. A propósito, soy Derek Ardmore, de Londres.

Ella le tendió la mano con gesto espontáneo.

—Bertha Hemmer, maestra de Kettmaringen —se presentó.

Pullow volvió a saludar.

—Con el permiso de ustedes, me retiro —anunció—. Informaré al alcalde de que he cumplimentado su orden —volvió a juntar los tacones—. Buenos días, *fraülein* Bertha. Buenos días, *herr* Ardmore.

La muchacha se echó a reír, después de que Pullow se hubo marchado.

—Pobre hombre. La verdad es que es un buen tipo, pero rígido y ordenancista, como buen funcionario alemán. En fin, lamento lo que le ha sucedido, señor Ardmore, pero creo que no puedo hacer nada más en su favor.

—Se lo agradezco infinito, señorita —contestó él—. Desmontaré la tienda y...

Los ojos de Bertha chispearon.

—Suelo pasear muy temprano todas las mañanas; es muy higiénico —dijo—. Pero me parece que en estos momentos, lo que usted agradecería sobre todo es un buen desayuno. ¿Por qué no viene a mi casa y desayuna conmigo?

—No querría ser causa de molestias para usted —contestó Ardmore.

—Oh, en absoluto. Soy maestra, pero no tengo discípulos.

Ardmore la miró sorprendido. De repente, acababa de darse cuenta de algo que había notado raro durante la víspera, sin saber exactamente las causas.

En Kettmaringen no había un solo chiquillo. Sólo aquel de pocos meses, al que había oído llorar apenas desembarcado del tren.

—Están todos de excursión —aclaró Bertha.

—¿Sin la maestra?

—Cuando yo llegué, se habían ido ya. Sucedió anteayer; yo tuve que ausentarme una corta temporada. Mi madre enfermó en Bonn y solicité una licencia. He estado fuera casi tres meses y, claro, el pueblo tuvo que nombrar una maestra suplente.

—Comprendo.

—Deje la tienda; ya volverá a desmontarla más tarde. Quizá podamos convencer al alcalde de que levante esa absurda prohibición. Pero antes llenaremos el estómago, que ya va siendo hora.

Ardmore sonrió. Bertha era verdaderamente simpática.

—Sí, es hora de llenar el estómago —convino.

\*\*\*

—Por aquí no suelen venir muchos turistas —dijo Bertha, después de la última taza de café—. Y menos ingleses.

—De modo que no vienen turistas.

—Muy pocos. El pueblo está muy apartado de las rutas que anuncian las agencias de viaje. Lo cual, en medio de todo, no deja de ser una ventaja. Más tranquilidad, ¿no le parece?

Ardmore se reclinó en su silla.

—No hay turistas... y el hotel está lleno —murmuró.

Bertha le miró, sorprendida.

—¿Quién le ha dicho tal cosa? —exclamó.

—El dueño. ¿Por qué cree que he dormido en una tienda de campaña, que compré ayer por la tarde?

—¿Egon Zwalfveig le negó hospedaje? —Se asombró la muchacha.

—Como lo oye. Y, según creo, no hay otro hotel en Kettmaringen.

—No, no lo hay. Pero ¡qué extraño! No comprendo cómo Zwalfveig pudo decir una cosa semejante.

—Pues así fue —insistió él—. Claro que si siente fobia hacia los británicos... Tiene edad suficiente para haber estado en la guerra...

—No, no es eso. Zwalfveig no fue nunca un fanático. Como la mayoría de los de su edad, aceptó la derrota y procuró sobreponerse. Tiene que haber otros motivos, aunque, francamente, no lo entiendo.

De pronto, Bertha fijó los ojos en su invitado.

—Señor Ardmore, ¿qué busca usted en Kettmaringen?

Hubo un instante de silencio. Luego, el joven dijo:

—¿Conoce usted a Irina von Becklendorf?

—Sí, aunque no fuimos nunca íntimas. Ahora ella está fuera...

—Nos escribíamos con gran frecuencia. Voy a correr el riesgo de ser inmodesto, pero debo decirle que Irina estaba enamorada de mí.

—Oh... Es una chica verdaderamente atractiva.

—¿Es o era?

Bertha respingó.

—¿Qué quiere decirme, señor Ardmore?

—Antes de contestarle, dígame: ¿qué ha oído sobre la ausencia de Irina?

—Bueno, si le he de ser sincera, no es demasiado apreciada en el pueblo. ¿Sabía usted que Kettmaringen es prácticamente suyo?

—Y eso, ¿tiene algo que ver con los sentimientos de los vecinos hacia Irina?

—Bastante. Muchos consideran que las rentas que se ven obligadas a pagar son desusadamente altas. Más de uno intentó que se le rebajase la cifra, pero nunca consiguió nada positivo. Irina se negó siempre a hacer la más mínima concesión.